

NEW LEFT REVIEW 122

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2020

PANDEMIA

MIKE DAVIS	Entra en escena el monstruo	11
AI XIAOMING	Diario de Wuhan	20
MARCO D'ERAMO	La epidemia del filósofo	28
N. R. MUSAHAR	Medidas de inanición en la India	34
ROHANA KUDDUS	Limoncillo y plegarias	42
MARIO SERGIO CONTI	Pandemonio en Brasil	50
VIRA AMELI	Sanciones y enfermedad	57
R. TAGGART MURPHY	Oriente y Occidente	67

ARTÍCULOS

MICHAEL DENNING	El <i>impeachment</i> como forma social	75
OWEN HATHERLEY	El gobierno de Londres	93
SHAOHUA ZHAN	La cuestión de la tierra en China	131

CRÍTICA

CHRIS BICKERTON	La persistencia de Europa	153
TERRY EAGLETON	Ciudadanos de Babel	161
LOLA SEATON	¿Ficciones reales?	168
JOHN MERRICK	Dorando la Gran Bretaña de posguerra	182

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

EL PROCESO DE DESTITUCIÓN POLÍTICA COMO FORMA SOCIAL

«LA ECONOMÍA POLÍTICA ha analizado ciertamente, aunque de modo incompleto», escribía Marx en el primer capítulo de *El capital*, «el valor y la magnitud de valor, y ha descubierto el contenido oculto en esta forma. Pero nunca se preguntó por qué este contenido adopta esa forma»¹. Esa pregunta –por qué ese contenido en esta forma– resume lo que podríamos considerar un «formalismo» marxista específico, basado en la dialéctica del contenido material y las curiosas formas sociales y políticas invertidas que Marx denominó, en la curiosa mezcla de inglés y alemán que utiliza en sus cuadernos, *diese Religion of every day's life*, esta religión de la vida cotidiana².

Considérense, como ejemplo de esas curiosas formas sociales, dos procesos de destitución [*impeachments*] fallidos: el de Donald Trump a comienzos de 2020 y el de Luis Bonaparte, un momento clave en el análisis de Marx sobre las revoluciones de 1848 y las luchas políticas posteriores. El *impeachment* de Trump incluye los dos grandes ideologemas de nuestro tiempo: por una parte, el resurgimiento de la etiqueta

¹ Karl Marx, *Capital: Volume One*, Londres, 1976, pp. 173-174 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, 2000, Libro I, tomo I, pp. 112-113]. La cuestión de por qué el contenido asume una forma determinada es desde hace tiempo fundamental en la obra de Fredric Jameson; es lógico que el título de su vasta *Comédie humaine* sea *The Poetics of Social Forms*. Este artículo se presentó originalmente en el simposio sobre «Cultura y política en la posmodernidad, en conversación con tres ensayos de Jameson», organizado por la Duke University el 7 de febrero de 2020. Agradezco al Yale Working Group on Globalization and Culture sus sugerencias.

² K. Marx, *Ökonomisch Manuskripte 1863-1867*, en *Karl Marx, Friedrich Engels Gesamtausgabe*, Berlín, 1992, II.4.2, p. 852.

«populismo» para denominar movimientos y regímenes de todo el mundo, con Trump entre sus avatares; por otra, el triunfo de un capitalismo mundial basado en el sector financiero, la actividad aseguradora y la propiedad inmobiliaria³. Dado que a menudo el ascenso de los populistas se explica por las depredaciones del sector financiero mundial, Trump –a un tiempo «populista» y promotor inmobiliario– es tan enigmático como Bonaparte, que, de acuerdo con Marx, «atenta contra todo lo que [...] había parecido intangible» y «engendra una verdadera anarquía en nombre del orden, despojando al mismo tiempo a toda la máquina del Estado del halo de santidad, profanándola, haciéndola a la par asquerosa y ridícula»⁴. ¿Cuál es la relación entre populismo y propiedad inmobiliaria? ¿Es el populismo, de hecho, la política del «pueblo», como nos dicen tanto los defensores de la razón populista (Ernesto Laclau) como los adversarios de la tentación populista (Slavoj Žižek)?⁵.

El proceso de destitución de Luis Bonaparte tuvo lugar en junio de 1849, cuando demócratas y socialistas se unieron en el Partido Socialista Democrático, una «nueva Montaña», un «partido rojo», en torno a una propuesta de destitución. El 11 de junio, Ledru-Rollin, su líder parlamentario, presentó un acta de acusación contra Bonaparte por la intervención militar organizada contra la República Romana electa que se había establecido a comienzos de 1849 tras la huida del papa Pío IX; el sitio de Roma por parte de los franceses pretendía que la restauración del dominio papal ayudase a apuntalar el apoyo conservador a Bonaparte en su propio país. Ledru-Rollin, nos dice Marx, no pronunció discurso alguno: solo una acusación, «escueta, sobria, documentada, concentrada, contundente [...]». Así, Ledru-Rollin invocaba a la Constitución misma como testigo de cargo

³ El cambio a un capitalismo en el que priman el sector financiero, la actividad aseguradora y la propiedad inmobiliaria (FIRE: *finance, insurance and real estate*) ha sido un elemento clave en el análisis que Jameson hace de la posmodernidad, en un arco que abarca desde el ensayo titulado «Culture and Finance Capital» hasta su lema, en la conclusión de «La estética de la singularidad», de que «toda la política trata de la propiedad inmobiliaria»; respectivamente publicados en F. Jameson, «Culture and Financial Capital», *Critical Inquiry*, vol. 24, núm. 1, otoño de 1997; F. Jameson, «The Aesthetics of Singularity», *NLR* 92, marzo-abril de 2015, p. 130; ed. cast.: «La estética de la singularidad», *NLR* 92, mayo-junio de 2015, p. 139.

⁴ Karl Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, en K. Marx, *The Political Writings*, Londres y Nueva York, 2019, pp. 582-583 [ed. cast.: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, 2015, cap. VII; <https://www.marxists.org/espanol/me/1850s/brumaire/brum7.htm>].

⁵ Véase el intercambio clásico de opiniones en Slavoj Žižek, «Against the Populist Temptation» y Ernesto Laclau, «Why Constructing a People Is the Main Task of Radical Politics», ambos en *Critical Inquiry*, vol. 32, 2006.

contra Bonaparte»⁶. Esta «insurrección parlamentaria» fue derrotada y el «estado de destitución política» fue seguido por un «estado de sitio», cuando Bonaparte ordenó el cierre de los periódicos radicales y la disolución de la Guardia Nacional republicana, medidas seguidas pronto por el encarcelamiento y el exilio de los demócratas socialistas.

Aunque poco resaltado, el intento de destituir al presidente Bonaparte es un momento fascinante de esta historia, por tres razones. En primer lugar, fue un episodio que Marx presencié directamente, puesto que había llegado a París en junio de 1849 como representante de los demócratas de la provincia renana, tras la derrota de la revolución en Colonia; un biógrafo sugiere que Marx participó en la manifestación del 13 de junio⁷. Al final del verano había sido expulsado de Francia, y acabó, como Ledru-Rollin, exiliado en Londres. En segundo lugar, el proceso de destitución fallido fue uno de los dos puntos de inflexión –junto con la represión y la masacre de obreros parisinos durante el levantamiento de los Días de Junio en 1848 («el acontecimiento más gigantesco en la historia de las guerras civiles europeas»)⁸– en un importante conjunto de los escritos políticos de Marx: los ensayos que escribió sobre «1848-1849» en Londres para su propia revista bimensual de breve duración, la *Neue Rheinische Zeitung: Politisch-Ökonomische Revue*, en 1850 (publicados medio siglo después con el título de *Las luchas de clases en Francia: de 1848 a 1850*, un libro que no seguía el plan ideado por Marx)⁹; y el

⁶ Karl Marx, *The Class Struggles in France: 1848-1850*, en K. Marx, *The Political Writings*, cit., p. 429 [ed. cast.: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Madrid, 2015; <https://bit.ly/3hgGzQd>]. Alexandre Ledru-Rollin (1807-1874): diputado republicano radical que en un artículo titulado *La réforme* defendió los derechos de los obreros durante la década de 1840, fue fundamental en el movimiento de masas que derrocó a Luis Felipe en la revolución de febrero de 1848 y desempeñó el cargo de ministro del Interior en el gobierno provisional. Nombrado miembro de la comisión ejecutiva de la Asamblea Nacional en mayo de 1848, luchó contra la creciente polarización de clases y prestó al menos un apoyo tácito a la represión de la clase obrera parisina en los Días de Junio. Enemigo implacable de Luis Bonaparte, se exilió en Inglaterra después del 13 de junio de 1849.

⁷ Jonathan Sperber, *Karl Marx: A Nineteenth-Century Life*, Nueva York, 2013, p. 242.
⁸ K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, cit., p. 488 [ed. cast.: K. Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, cit., cap. 1].

⁹ En 1895, Engels combinó tres de los artículos de Marx con dos extractos sobre Francia tomados del artículo titulado «Comentarios: mayo-octubre 1850» para crear un libro sobre dicho país, *Las luchas de clases en Francia: 1848-1850*. Sin embargo, de acuerdo con su «Anuncio» original de la serie de ensayos sobre «1848-1849», Marx planeaba pasar de los acontecimientos franceses a la escena mundial, prometiendo partes tituladas «III. Repercusiones del 13 de junio en el continente» y «IV. Situación actual; Inglaterra» (publicado en el primer número de la *Neue Rheinische Zeitung*, el «Announcement»

panfleto subsiguiente, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, publicado originalmente en Nueva York en 1852, solo unos meses después del golpe de Estado que Bonaparte dio en diciembre de 1851¹⁰.

Ante todo, el intento fallido de destitución política de Bonaparte se sitúa en el centro de las innovadoras reflexiones de Marx sobre lo que finalmente hemos denominado el «populismo», la contradictoria forma política presente en el núcleo de los modernos regímenes de «sufragio universal». El proceso de destitución política de Bonaparte resuena especialmente en las crisis contemporáneas de los regímenes parlamentarios presidenciales de sufragio ampliado, no solo en el caso del *impeachment* de Trump, sino también en el proceso de destitución de Dilma Rousseff y la posterior elección de Bolsonaro en Brasil. Las dos preguntas centrales de Marx contenidas en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* siguen acosándonos en la actualidad: la primera versa sobre la victoria de Bonaparte, que Marx enuncia del siguiente modo: «Quedaría por explicar cómo una nación de 36 millones de almas pudo ser sorprendida y reducida al cautiverio, sin presentar resistencia alguna, por tres sinvergüenzas»; la segunda plantea el fracaso del movimiento obrero: «¿Por qué el proletariado de París no se levantó después [del golpe de Estado de 1851]?»¹¹.

Aunque los historiadores siguen debatiendo las tres respuestas clásicas de Marx —que la república se autodestruyó por miedo a las masas proletarias; que la burguesía financiera se alió con la burguesía industrial para preferir el «orden» de Bonaparte a la «anarquía»; y que Bonaparte logró representar a los campesinos («Las condiciones de los campesinos franceses nos

está reimpresso en *Marx/Engels Collected Works*, vol. 10, Londres, 1978, p. 41). Podemos imaginar una recopilación alternativa de los artículos publicados en la *Neue Rheinische Zeitung* en 1850: comenzando con los artículos sobre los Días de Junio en Francia, incorporaría los tres «Comentarios», que no solo analizan la economía mundial en la «era del algodón» —desde la hambruna irlandesa a la rebelión en China o la posibilidad de una «revuelta negra» en los estados esclavistas de Estados Unidos «capaz de arruinar todo el sistema de producción existente en la actualidad»—, sino que también desarrollan una explicación de por qué la democracia perdió en toda Europa después de 1848. Véase «Review: May-October 1850», *Neue Rheinische Zeitung*, núms. 5-6, en K. Marx, *The Political Writings*, cit., pp. 290, 297-312.

¹⁰ El golpe de Estado impidió las elecciones presidenciales previstas para 1852, a las que Bonaparte no habría podido presentarse. Después del golpe, Bonaparte gobernaría como emperador, con el nombre de Napoleón III, durante dos décadas, hasta que su Segundo Imperio fue derrotado por la Alemania de Bismarck en 1870, conduciendo al breve momento de la Comuna de París. Cuando Marx publicó la segunda edición, ligeramente abreviada, de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en 1869, Luis Napoleón seguía en el poder. K. Marx, *The Political Writings*, cit., incluye la edición de 1869; véase también Terrel Carver, contrastando la traducción de la primera edición de 1852, en Karl Marx, *Later Political Writings*, Cambridge, 1996.

¹¹ K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, cit., pp. 486, 569 [ed. cast.: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, cit., caps. I y VII].

descubren el misterio»¹²)– las preguntas de Marx siguen constituyendo el núcleo de lo que podríamos denominar la antinomia populista. En primer lugar, la cuestión del «sinvergüenza» populista, el demagogo autoritario dentro de la república constitucional, que halla eco tanto en los *Quaderni del carcere* de Gramsci sobre los «movimiento(s) de tipo boulangista», como en la interpretación que W. E. B. Du Bois hace del fracasado *impeachment* en 1868 del presidente «*poor white*», Andrew Johnson, («la figura más lastimosa de la historia de Estados Unidos»), o en el análisis que Stuart Hall hizo del «populismo autoritario» de Margaret Thatcher¹³. En segundo lugar, la cuestión de un movimiento social democrático-popular, capaz de enfrentarse al orden capitalista, desde sus orígenes en el siglo XIX –los *naródniks* tras la emancipación de los siervos durante las décadas de 1860 y 1870; la Farmer's Alliance y el People's Party de Estados Unidos tras la emancipación de los esclavos durante las décadas de 1880-1890– hasta los «populismos» posteriores a 2008, representados por Alianza País en Ecuador, el Movimiento al Socialismo en Bolivia, Podemos en España, Momentum en el Reino Unido y Our Revolution en Estados Unidos. Empezaré considerando brevemente la explicación que Marx ofrece de la forma política que acabaría denominándose «populismo»; a continuación, propondré que su análisis de las «formas de explotación» –articulado por primera vez en el mismo conjunto de ensayos– ofrece una convincente manera de interpretar las formas políticas que denominamos «populismo», así como la relación existente entre el populismo, el sistema financiero y la propiedad inmobiliaria.

El pueblo

La política de «el pueblo» aparece en tres lugares de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*: en primer lugar, para determinar cuáles son las contradicciones de la constitución presidencial parlamentaria de sufragio ampliado en Francia; en segundo, para ilustrar «la lucha entre republicanos y realistas»; y, finalmente, para explicar el fracaso del proceso de destitución política contra Bonaparte. En el primer fragmento, Marx se parece a uno de los autores de *The Federalist Papers* estadounidenses –o,

¹² *Ibid.*, p. 579 [ed. cast.: *ibid.*, cap. VII].

¹³ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, 1971, p. 166 [ed. orig.: *Quaderni del carcere* [1975], Turín, 2014; ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, México DF, 1999]; W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction* [1935], Nueva York, 1992, p. 322; véase en especial el capítulo titulado «The Transubstantiation of a Poor White». Stuart Hall, *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left*, Londres, 1988 [ed. cast.: *El largo camino de la renovación. El thatcherismo y la crisis de la izquierda*, Madrid, 2018].

más exactamente, del conjunto impreciso de escritos que ahora denominamos *The Anti-Federalist Papers*— cuando explora la dinámica política de las constituciones, la representación, el sufragio y la división de poderes del Estado. Marx identifica la contradicción fundamental presente en los Estados presidenciales-parlamentarios emergentes no solo en el «juego de los poderes constitucionales» entre la Asamblea Nacional y el presidente, sino también en las distintas relaciones de ambos con el pueblo de la nación en el nuevo régimen de «sufragio universal».

Mientras que cada uno de los representantes del pueblo [en la Asamblea Nacional] solo representa a este o a aquel partido, a esta o aquella ciudad, a esta o aquella cabeza de puente [...] él [el presidente] es el elegido de la nación y el acto de su elección es el gran triunfo [*der große Trumpf*] que juega una vez cada cuatro años el pueblo soberano. La Asamblea Nacional elegida está en una relación metafísica con la nación, mientras que el presidente elegido está en una relación personal¹⁴.

O dicho de otro modo: el presidente es la «encarnación» del «espíritu nacional [...] es presidente por la gracia del pueblo»¹⁵.

Tras esta explicación de la naturaleza populista de los presidentes elegidos, Marx interrumpe su relato —«Antes de proseguir con la historia parlamentaria, son indispensables algunas observaciones»— para embarcarse en una digresión teórica clásica en la que descubre el contenido que hay bajo la forma. Desde el punto de vista de los demócratas, sostiene, el problema parece ser «una simple lucha entre republicanos y realistas» (el pueblo y la elite, como tal vez diría un laclauiano). De ese modo, los socialistas democráticos de Ledru-Rollin «están constantemente ocupados con no menos celo en repeler estos ataques [del Partido del Orden], defendiendo así los “eternos derechos del hombre”, como todo partido llamado popular lo viene haciendo más o menos desde hace siglo y medio. Sin embargo —insiste Marx—, examinando más de cerca la situación y los partidos, se esfuma esta apariencia superficial, que velaba la *lucha de clases* y la peculiar fisonomía de este periodo»¹⁶. Tenemos aquí el Marx al que o bien odiamos o bien amamos (el Marx de Žižek), disipando las mistificaciones de la retórica populista mediante la revelación de la lucha de clases¹⁷. Como el propio Marx señaló, sin embargo, en este

¹⁴ K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Luis Bonaparte*, cit., pp. 494-496; ed. cast.: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, cit., cap. II.

¹⁵ *Ibid.*, p. 496; ed. cast.: *ibid.*

¹⁶ *Ibid.*, pp. 506-507; ed. cast.: *ibid.*, cap. III.

¹⁷ Este fragmento incluye también una de las primeras articulaciones efectuadas por Marx de la base y la superestructura: «Sobre las diversas formas de propiedad [todavía

desvelamiento no fue original; historiadores burgueses –notablemente los políticos y escritores franceses Guizot, Thierry y Thiers– ya habían, dicho con la paráfrasis del fragmento de *El capital* con el que comencé, «analizado, aunque de modo incompleto, [la clase] y sus [luchas], y descubierto el contenido oculto en estas formas».

Pero los historiadores burgueses nunca se habían «preguntado por qué este contenido ha asumido esa forma concreta». El más interesante es, pues, el tercer momento, cuando Marx aborda de nuevo la historia parlamentaria en un notable párrafo sobre el populismo que, podría decirse, explora el carácter fetichista de la forma-pueblo. Consideremos el fragmento completo:

Ningún partido exagera más ante él mismo sus medios que el democrático, ninguno se engaña con más ligereza acerca de la situación. Porque una parte del ejército hubiese votado a su favor, la Montaña estaba ya convencida de que el ejército se sublevaría por ella. ¿Y con qué motivo? Con un motivo que, desde el punto de vista de las tropas, no tenía otro sentido que el que los revolucionarios se ponían al lado de los soldados romanos y en contra de los soldados franceses. De otra parte, estaba todavía demasiado fresco el recuerdo del mes de junio de 1848, para que el proletariado no sintiese una profunda repugnancia contra la Guardia Nacional, y los jefes de las sociedades secretas una desconfianza completa hacia los jefes democráticos. Para superar estas diferencias, harían falta grandes intereses comunes que estuviesen en juego. La infracción de un artículo constitucional abstracto no podía representar un tal interés. ¿Acaso no se había violado ya repetidas veces la Constitución, según aseguraban los propios demócratas? ¿Y acaso los periódicos más populares no habían estigmatizado esta Constitución como un amaño contrarrevolucionario? Pero el demócrata, como representa a la pequeña burguesía, es decir, a una *clase de transición*, en la que los intereses de dos clases se embotan el uno contra el otro, cree estar por encima del antagonismo de clases en general. Los demócratas reconocen que tienen enfrente a una clase privilegiada, pero ellos, con todo el resto de la nación que los circunda, forman el pueblo. Lo que ellos representan es el *interés del pueblo*. Por eso, cuando se prepara una lucha, no necesitan examinar los intereses y las oposiciones de las distintas clases. No necesitan ponderar con demasiada escrupulosidad sus propios medios. No tienen más que dar la señal, para que el *pueblo*, con todos sus recursos inagotables, caiga sobre los *opresores*. Y si, al poner en práctica la cosa, sus intereses resultan no interesar y su poder ser impotencia, la culpa la tienen los sofistas perniciosos, que

no los modos de producción, como en el famoso «Prefacio» de 1859] y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes», *ibid.*, p. 507; ed. cast.: *ibid.*

escinden al *pueblo indivisible* en varios campos enemigos, o el ejército, demasiado embrutecido y cegado para ver en los fines puros de la democracia lo mejor para él, o bien ha fracasado por un detalle de ejecución, o ha surgido una casualidad imprevista que ha malogrado la partida por esta vez. En todo caso, el demócrata sale de la derrota más ignominiosa tan inmaculado como inocente entró en ella, con la convicción readquirida de que tiene necesariamente que vencer, no de que él mismo y su partido tienen que abandonar la vieja posición, sino de que, por el contrario, son las condiciones las que tienen que madurar para ponerse a tono con él¹⁸.

No hace falta explayarse mucho acerca de las coincidencias con las lamentaciones contemporáneas sobre los fracasos del pueblo, del libro de Thomas Frank, *What's the Matter with Kansas?* (2004), al de Arlie Hochschild, *Strangers in their Own Land* (2016), que podría subtitularse «¿Qué pasa con Lake Charles, Louisiana?». Pero vale la pena resaltar tres aspectos de este fragmento. En primer lugar, Marx señala las antinomias de una política de solidaridad internacionalista ante las inflexiones nacionalistas, militaristas e imperialistas del pueblo como nación. Someter a Bonaparte a un proceso político por haber atacado a la República Romana –por haber traicionado la solidaridad revolucionaria con las repúblicas instauradas en 1848 en toda Europa, una solidaridad incluida en la Constitución francesa de 1848– les parece a los soldados franceses como si la izquierda se pusiera del lado de los soldados romanos contra las propias tropas de Francia. La fusión de pueblo y nación sigue siendo un reto fundamental para cualquier movilización de las alianzas y las ideologías populistas que la izquierda democrática intente organizar. En segundo lugar, obsérvese que, aunque insiste en analizar lo que Gramsci, reflexionando sobre *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, denominaría las «relaciones de fuerza», Marx insiste también en lo que Stuart Hall denominó las «relaciones de representación», las formas discursivas adoptadas por la articulación específica del pueblo, los derechos del pueblo y el interés del pueblo.

Obsérvese, por último, que, aunque Marx defiende un análisis de clase –el examen de los intereses y las posiciones de las diversas clases, una ponderación sobria de los recursos y los medios de un partido– no se trata de defender una política de clase reduccionista; no es una actitud triunfalista ni obrerista. De hecho, sugiere que las diferencias existentes entre los militares, la Guardia Nacional, los obreros, los líderes de los partidos republicanos y los clubes secretos del proletariado podrían

¹⁸ *Ibid.*, pp. 513-514 [ed. cast.: *ibid.* cap. III].

compensarse, siempre que hubiera «importantes intereses comunes [...] en juego». Marx no rechaza una política populista; rechaza una política populista meramente retórica, que imagine que una cadena de equivalencias discursivas podría forjar una cadena de alianzas reales¹⁹.

Formas de explotación

Si el análisis que Marx hace de la retórica de «el pueblo» surge al considerar las formas políticas específicas del Estado presidencial-parlamentario de sufragio ampliado, también surge cuando intenta comprender las formas sociales de la explotación. Contra la suposición común de que Marx veía la explotación a través de la lente del trabajo asalariado, la venta de la fuerza de trabajo, yo quiero argumentar que el trabajo asalariado es solo uno entre muchos «modos de explotación», un concepto que Marx comienza a desarrollar en los artículos publicados en la *Neue Rheinische Zeitung* en 1850. En el artículo dedicado a la derrota de los obreros franceses en junio de 1848, Marx escribe que la lucha contra los «modos de explotación secundarios del capital [*die untergeordneten Exploitationsweisen des Capitals*] –la lucha del campesino contra la usura y las hipotecas, del pequeño burgués contra el gran comerciante, el fabricante y el banquero, en una palabra, contra la bancarrota– estaba aún oculta en el alzamiento general contra la aristocracia financiera»²⁰. Y en el siguiente artículo, que trata sobre las consecuencias del proceso de destitución política, escribe que la explotación de los campesinos «se distingue de la explotación del proletariado industrial solo por la *forma*. El explotador es el mismo: *el capital*. Individualmente, los capitalistas explotan a los campesinos por medio de la *hipoteca* y de la *usura*; la clase capitalista explota a la clase campesina por medio de los *impuestos del Estado*»²¹. Marx sigue estos artículos con dos convincentes reflexiones sobre estas formas de explotación secundarias: un notable artículo sobre los impuestos publicado en el siguiente número de la *Neue Rheinische Zeitung*, y una fascinante propuesta sobre la relación entre trabajadores y tenderos incluida en su cuaderno de Londres de 1851.

¹⁹ Más específicamente, Marx sostiene que el error de los demócratas fue entremezclar formas de lucha: si deseaban triunfar en el parlamento, no deberían haber recurrido a las armas; si hicieron el llamamiento a las armas, no deberían haberse comportado de forma parlamentaria en las calles: *ibid.*, pp. 512-513; ed. cast.: *ibid.*

²⁰ K. Marx, *Class Struggles in France*, cit., p. 380 [traducción modificada]; ed. cast.: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, cit., cap. II.

²¹ *Ibid.*, cit., p. 451; ed. cast.: *ibid.*, cap. III.

Cierto, sin embargo, que Marx no elabora esta teoría de las formas de explotación en la misma medida que su teoría de las formas del capital. Y también es cierto que Marx tiende, retóricamente, a clasificar las formas de explotación, considerando unas como «primitivas» y otras como «subordinadas» o «secundarias»²². No obstante, quiero insistir —esto forma parte de un proyecto más amplio, *The Accumulation of Labour*— en que esta explicación de las «formas de explotación» es crucial para la teoría del trabajo de Marx. Esbozaré brevemente tres fases de mi argumento. Primero, recuérdese que Marx insiste en la diferencia existente entre dos formas de circulación. Existe una línea divisoria fundamental —a menudo olvidada en los debates contemporáneos sobre el capital financiero— entre la deuda de las empresas y la deuda de las familias, entre alquilar edificios a los capitalistas y alquilar viviendas a los trabajadores, entre, como Marx dice en el notable análisis de los tenderos al que volveré, el comercio entre «comerciantes y comerciantes» y el comercio entre «comerciantes y consumidores»²³.

En segundo lugar, recuérdese que, en su análisis de las relaciones entre capitalistas, Marx insiste en la conexión interna existente entre las formas de capital. Por un lado, hay un único valor que se valoriza a sí mismo, arrojando plusvalor; por otra, hay formas de apariencia que marcan la división del plusvalor: beneficios del fabricante, interés, renta, beneficios del comerciante, cada uno relacionado con una rama específica del capital: industrial, financiera, propiedad inmobiliaria/de tierras, mercantil. Cada forma genera sus propios misterios e ilusiones. De hecho, el carácter fetichista de la forma mercancía, señala Marx al final del famoso primer capítulo de *El capital*, es «relativamente fácil de penetrar» en comparación con las ilusiones del oro y la plata, de la renta, del capital y del interés²⁴. De modo paralelo, deberíamos insistir en las conexiones internas existentes entre las formas de explotación. Por un lado, hay un único plustrabajo explotado del trabajo agregado de la sociedad, del trabajador colectivo, de toda la clase obrera, remunerada y no

²² «Se trata de una explotación secundaria», escribe Marx en el manuscrito de 1864-1865 que Engels editaría con el título de *El capital*: Libro III, «que discurre paralela a la primitiva, la cual se desarrolla directamente en el proceso mismo de producción», Fred Moseley (ed.), *Marx's Economic Manuscript of 1864-1865*, Chicago (IL), 2017, p. 711; ed. cast.: *El capital*, cit., Libro III. Tomo II, pp. 368-369, cit.

²³ Karl Marx, «Reflections», en *Marx/Engels Collected Works*, vol. 10, Londres, 1975, p. 584. Marx escribió esta aclaración de tres mil palabras en marzo de 1851 en uno de los cuadernos que usaba para extractos y sinopsis.

²⁴ K. Marx, *Capital: Volume One*, cit., p. 176; ed. cast.: *El capital*, cit., Libro I, tomo I, p. 116.

remunerada; por otro, hay distintas formas de explotación, que marcan las divisiones de la vida cotidiana y la composición de la población excedentaria relativa: no solo las diversas formas de salario por unidad de tiempo o de trabajo a destajo, sino también el cobro de renta por la vivienda, el interés sobre la deuda, los tributos exigidos por el Estado, el trabajo doméstico no remunerado.

A este respecto, vale la pena señalar que la explicación que Marx ofrece de estas formas cambia a lo largo del tiempo: en sus primeras formulaciones, en torno a 1850, asocia las diferentes formas de explotación con clases determinadas: los salarios con los trabajadores industriales, las hipotecas, la usura y los tributos con los campesinos, la explotación de mayoristas, banqueros y fabricantes con los pequeños tenderos. Una década después, mientras redactaba *El capital*, las reimagina como aspectos distintos de la vida y el consumo de la clase obrera: en un comentario acerca del «alquiler de viviendas, etcétera, para consumo individual» señala que «es un hecho evidente que también se estafa a la clase obrera de esta forma y, por cierto, de una manera que clama al cielo; pero lo mismo hace el tendero que le suministra los medios de subsistencia»²⁵. El íntimo conocimiento que Marx tenía de las múltiples formas de explotación se percibe en sus cartas; si bien raramente fue trabajador asalariado, le tocó constantemente lidiar con retrasos en los pagos a caseros, tenderos, carniceros y prestamistas.

En tercer lugar, cada forma de explotación es también una forma de sustento, la forma social en la que se adquieren los medios de subsistencia: por eso todos queremos el préstamo para estudiantes, el alquiler o la hipoteca del piso, el puesto de trabajo remunerado, los productos de alimentación y las mercancías de Walmart y Amazon. Piénsese en las «formas de explotación» que se experimentan en todo el mundo: no solo pagamos un alquiler por la vivienda, sino también por las infraestructuras del entorno construido: los recibos de agua, electricidad, saneamiento, combustibles para calefacción, teléfono, Internet y cable (por no mencionar el alquiler de música a Spotify y de entretenimiento visual a Amazon y Netflix); los gastos en transporte diario, desde la gasolina a los billetes de tren y metro, los peajes en puentes y autopistas; las primas de seguro para cubrir los riesgos cotidianos de enfermedad, desempleo y pérdida de vivienda; las «deducciones» en la nómina para

²⁵ F. Moseley (ed.), *Marx's Economic Manuscript of 1864-1865*, cit., p. 711; ed. cast.: *Manuscritos de economía y filosofía*, cit.

la jubilación, ya sea en forma de «ahorros» individuales (cuentas individuales de jubilación) o de impuestos para la «seguridad social» del Estado; el interés sobre adelantos de salario, hipotecas, préstamos para la compra de automóviles, deudas estudiantiles, tarjetas de crédito y los micropréstamos dirigidos a trabajadores informales que no disponen de cuenta bancaria; por no mencionar la explotación minorista prácticamente invisible de las «compras».

Enumerar estas formas es mencionar los ámbitos de la política contemporánea. No solo se manifiestan las crisis de la vida cotidiana como crisis de estas formas (el desahucio de propietarios con hipotecas basura o el contrato de préstamo para estudios del «graduado sin futuro»²⁶), sino que muchas de las luchas protagonizadas por los movimientos sociales del pasado cuarto de siglo han sido luchas por estas «formas de explotación» diversas: «luchas por el sustento», como las llamó Ching Kwan Lee en su gran libro sobre los trabajadores chinos contemporáneos²⁷. Incluyen los aumentos de los precios de la gasolina y los billetes de autobús que provocaron el Caracazo en Venezuela en 1989, poniendo en marcha la carrera política de Hugo Chávez, las tarifas del agua que provocaron la guerra del agua en Cochabamba, Bolivia, la batalla de los sudafricanos «pobres» para conectarse a la red eléctrica, el sindicato de usuarios de autobús en Los Angeles, las luchas de los estudiantes endeudados que constituyeron un elemento tan central del movimiento Occupy.

Y aquí volvemos al «populismo». Aunque no todas las luchas por el sustento son populistas (y son muchos quienes rechazarían esta etiqueta), a menudo analistas y teóricos las definen como tales. Cuando Laclau, por ejemplo, cita variaciones específicas de los movimientos populistas, casi siempre son luchas relacionadas con estas formas subordinadas de explotación, aunque él nunca se fija: desde las revueltas alimentarias del siglo XVIII hasta la crítica cartista de la Vieja Corrupción en torno a la tierra, la deuda y la oferta de dinero, o las exigencias clave del People's Party estadounidense en la década de 1890 en torno a la moneda, la tierra y las tarifas cobradas por los ferrocarriles²⁸. ¿Por qué? ¿Por qué, volviendo a la pregunta de Marx, el contenido de estas luchas acerca de distintas formas de explotación asume la forma política concreta del populismo?

²⁶ Paul Mason, *Why It's Kicking Off Everywhere: The New Global Revolutions*, Londres y Nueva York, 2012, p. 66.

²⁷ Ching Kwan Lee, *Against the Law: Labor Protests in China's Rustbelt and Sunbelt*, Berkeley (CA), 2007, p. 29.

²⁸ Ernesto Laclau, *On Populist Reason*, Londres y Nueva York, 2005, pp. 74, 90, 202; ed. cast.: *La razón populista*, Madrid, 2005.

La respuesta tiene dos vertientes. En primer lugar, al igual que cada forma del capital genera sus propias mistificaciones, también cada forma de explotación genera su propia religión de la vida cotidiana, «*diese Religion of every day's life*», la expresión que Marx usó en el borrador de su conclusión de *El capital* para el proceso por el cual «los agentes reales [...] se sienten plenamente a gusto dentro de estas formas alienadas e irracionales de capital-interés, tierra-renta del suelo, trabajo-salario, pues son precisamente las formas de la apariencia en las que ellos se mueven y con las que diariamente se hallan involucrados»²⁹. Marx explora la naturaleza específica de estas ilusiones en diversos lugares, principalmente en el gran capítulo sobre las ilusiones generadas por la relación salarial, el «secreto del salario», en el primer volumen de *El capital*³⁰.

Uno de los primeros análisis fue la explicación de las compras –del tendero y el carnicero, que podemos sustituir por Walmart o Amazon, y del «consumidor»– en el Cuaderno de Londres de 1851. Los «demócratas acérrimos ignorantes» consideran que en el comercio entre «*dealers* [comerciantes] y *consumers* [consumidores]» –ambas palabras están en inglés en el Cuaderno de Marx– «la libertad de cada individuo recibe su suprema confirmación práctica». Pidiéndonos que volvamos a visualizar este comercio, Marx escribe: «¿Qué usa el individuo libre para pagar sus compras en la tienda?». «El trabajador cambia su salario, el fabricante su beneficio, el capitalista su interés, el terrateniente su renta –transformados en oro, plata y billetes bancarios– en la tienda de comestibles, la zapatería, la carnicería, la panadería, etcétera. ¿Y qué intercambia el zapatero, el tendero, y demás, por el dinero que representa salario, renta, beneficio e interés? Intercambia su capital [...]. De modo que *para empezar* en esta transacción en apariencia tan simple se manifiestan y presuponen todas las relaciones de clase»³¹. Y continúa:

En este comercio entre *dealers* y *consumers*, el fabricante, cuando compra en la tienda, es tan *consumer* como su obrero, y el criado obtiene las mismas mercancías por la misma cantidad de dinero que su amo. Así [...] las

²⁹ F. Moseley (ed.), *Marx's Economic Manuscript of 1864-1865*, cit., p. 897; ed. cast.: K. Marx, *El capital*, cit., Libro III, tomo III, p. 286. Respecto a la mezcla de alemán e inglés utilizada por Marx, véase *Karl Marx, Friedrich Engels Gesamtausgabe*, cit., II. 4. 2, p. 852.

³⁰ K. Marx, *Capital: Volume One*, cit., p. 681; ed. cast.: *El capital*, cit., Libro I, tomo II, p. 300.

³¹ K. Marx, «Reflections», cit., pp. 584, 589-590. Respecto a la mezcla de alemán e inglés, véase *Karl Marx, Exzerpte und Notizen März bis Juni 1851*, en *Karl Marx, Friedrich Engels Gesamtausgabe*, IV, 8, Berlín, 1986, pp. 227, 232-233. Las palabras que Marx usa en inglés están resaltadas en cursiva.

características de clase de todos los individuos se difuminan y fusionan en la categoría de comprador [...] de ahí la ilusión de no ver, en este acto de comprar y vender, un individuo miembro de una clase, sino el individuo comprador como tal, sin características de clase³².

En medio de esta ilusión, esta religión de la compra cotidiana en la que los consumidores aparecen sin «características de clase», Marx observa posibilidades contradictorias, emancipadoras incluso. En dicha sociedad «todo está disponible para cualquier persona, todos pueden llevar a cabo cualquier tipo de intercambio material»; «prostitutas, ciencia, mecenazgo, decoraciones, renta de tierra, cobistas, todos ellos son objetos de intercambio, como el café, el azúcar y los arenques». Aunque «la cantidad y el tipo de artículos comprados por la clase de consumidores más amplia, la de los obreros, está indicada por la naturaleza de sus ingresos», la «libertad personal [de los obreros] se ha extendido de ese modo». Si un obrero puede, por una parte, «derrochar los salarios en alcohol» en lugar de «comprar carne y pan para sus hijos», también puede, por otra, «comprar libros, *lecturers* [conferenciantes] y *meetings* [asambleas]»; los obreros pagados en dinero y no en especie «están en mejor posición para adquirir los poderes universales de la sociedad, como los intelectuales»³³.

Cada forma de explotación –cada forma de sustento– no solo genera misterios e ilusiones específicos –sus propias religiones de consumo cotidiano, deuda, renta e impuestos–, sino que también posibilita formas específicas de asociación y competencia, de atracción y repulsión, de solidaridad y división en mundos plebeyos. Sin embargo, al igual que Marx rechazaba las narrativas del capital que cosificaban cualquiera de las formas de este –banqueros o caseros o comerciantes o agentes bur-sátiles– también se mostraba escéptico respecto a aquellas que cosifican cualquiera de las formas de explotación: en un notable ensayo publicado en la *Neue Rheinische Zeitung*, analiza la imposición de tributos como forma de explotación –«cada nuevo tributo deprime un paso más al proletariado»– aunque rechazaba la reducción de la política a la reforma tributaria. «La reforma tributaria es la preocupación predilecta de todo burgués radical [...] desde los primeros ignorantes medievales a los modernos defensores del libre comercio ingleses, la principal lucha ha girado en torno a los tributos»³⁴. Dado que las formas de explotación

³² *Ibid.*, p. 591.

³³ *Ibid.*, p. 591.

³⁴ Karl Marx, «Review of Le socialisme et l'impôt par Émile de Girardin», *Neue Rheinische Zeitung*, núm. 4, en *Marx/Engels Collected Works*, vol. 10, pp. 331, 330.

dividen a los obreros en igual medida que los unen, ninguna forma de explotación –ni la forma venta minorista, ni la forma deuda, ni la forma renta, ni la forma billete de metro, ni siquiera la forma salario– puede en sí misma fundar una base adecuada para una lucha emancipadora.

Esta contradicción –la división y la unidad entre las formas de explotación– constituye la base de lo que podríamos denominar las antinomias del movimiento social. Por un lado, los movimientos ascienden y caen en torno a crisis específicas desencadenadas por alteraciones en las formas de explotación –subidas repentinas de las tarifas del agua, matrículas de estudios, desahucios o ejecuciones hipotecarias– y los militantes se constituyen en consumidores, inquilinos, propietarios de vivienda, deudores o contribuyentes. Por otro, militantes y manifestantes se dejan atraer a menudo por el fetiche de la forma pueblo, tan ilusoria y real como la propia forma mercancía: el pueblo, unido, jamás será vencido. Y en las batallas políticas del régimen presidencial parlamentario de sufragio ampliado, el movimiento social se reconoce (o no) como el pueblo. Ambas partes de la antinomia son ideológicas, pero como escribe Jameson en *Allegory and Ideology*, llamar ideológica a una oposición «no significa que sea irreal, o que podamos olvidarnos de ella sin más. Por el contrario, significa que es históricamente vinculante y que estamos encerrados en ella sin ninguna visión utópica de lo que tal vez fuera posible si ya no desplegara sus efectos»³⁵.

El populismo en este sentido es históricamente vinculante; forma parte de la religión de nuestra vida política cotidiana. Está profundamente arraigado en nuestras entidades políticas presidencial-parlamentarias de base territorial y sufragio ampliado, porque toda fuerza política –de derecha, izquierda o centro– tiene que hablar al pueblo y constituirlo; y toda fuerza electoral tiene que conseguir votos apelando a personas específicas en distritos electorales específicos. Todo político es un populista. Y, sin embargo, en un mundo en el que la democracia se define como la competencia mercantil entre las elites por los votos, cualquier movimiento que rechace la alternancia política de la elite es considerado «populista» en un sentido sospechoso. Asimismo, cada crisis tiene su propio populismo; tras la crisis de 2008, estamos viviendo en una nefasta dialéctica entre una movilización ciudadanista, nacionalista y racista del «pueblo», construida contra el no-pueblo –extranjeros, foráneos, migrantes, refugiados, otros racializados– y una articulación

³⁵ Fredric Jameson, *Allegory and Ideology*, Londres y Nueva York, 2019, p. 380.

del pueblo en forma de indignados, el 99 por 100, los que no se han movilizado para resistirse a sus vecinos, sino a las múltiples formas de explotación: los endeudados, los desahuciados de sus viviendas, los no remunerados, los indocumentados, los proletarios de todos los países.

El proceso de destitución política dramatiza el fetichismo de la forma pueblo, las extrañas inversiones a través de las cuales tanto presidentes autoritarios y racistas como movimientos radicales a favor de la emancipación son declarados «populistas»: Bonaparte y Trump en igual medida que la Montaña de Ledru-Rollin o el ala «organizadora» de los Demócratas estadounidenses (Bernie Sanders: «No solo seré el comandante en jefe, seré el organizador en jefe»; Alexandria Ocasio-Cortez: «Me considero una organizadora»)³⁶. Pero si el populismo es la ilusión inevitable de la acción política cotidiana, no se debe simplemente a que toda política se refiera a constituir el pueblo. Por el contrario, como he sugerido, el populismo significa también el reconocimiento de que, como sostenía Jameson, «toda política trata de la propiedad inmobiliaria», la lucha por el control de la tierra y los recursos, la vivienda y los barrios, las fronteras y el territorio.

Si Bonaparte y Trump son «populistas» no es tanto porque apelen al pueblo como porque ascendieron al poder en la lucha por las formas sociales de explotación: deuda, renta e hipoteca. La trayectoria de Bonaparte estuvo entretrejida con la deuda: para la pequeña burguesía, escribe Marx, «era la dominación del deudor sobre el acreedor»; y el fracasado proceso de destitución de junio de 1849 fue, concluye Marx, una «comedia entre el deudor y el acreedor: comedia lamentable y llena de escenas de encarcelamiento»³⁷. «Y en Bonaparte, el pretendiente imperial, se fundía tan íntimamente con el aventurero arruinado, que una gran idea, la de su misión de restaurador del Imperio, se complementaba siempre con otra: la de que el pueblo francés tenía la misión de saldar las deudas contraídas por él»³⁸. De modo similar, la única gran idea de Trump –devolver la grandeza a Estados Unidos– se complementa con el

³⁶ Ryan Grim, «Sanders: I Wouldn't Make Obama's Mistake of Shutting Down Grassroots Pressure on Washington», *The Intercept*, 20 de octubre de 2019; Daniel Denvir, «Alexandria Ocasio-Cortez, In Her Own Words», *Jacobin*, 11 de julio de 2018.

³⁷ K. Marx, «13 June 1849», en K. Marx, *The Political Writings*, cit., pp. 407, 428; ed. cast.: «El 13 de junio de 1849», *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, cit., cap. II.

³⁸ K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, cit., p. 519; ed. cast.: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, cit., cap. IV.

deseo de que el mundo le pague a él una renta. La trayectoria de Trump como promotor de hipotecas basura y de quiebras reveló que la propiedad inmobiliaria –en apariencia la forma de riqueza más material– es una ilusión, un trile, un ejercicio de gestión de marca (si bien con un cierre perfectamente real y con la destrucción de las ciudades, de los recursos naturales y de la riqueza común). El racismo de Trump es un racismo de propiedad inmobiliaria, que abarca desde el trazado de líneas rojas en el Estados Unidos de posguerra y los complejos de apartamentos segregados construidos por su padre, hasta la ética de Mar-a-Lago, compuesta por muros fronterizos, comunidades valladas y vigilancia para defender el territorio. El episodio de destitución política de Bonaparte quedó en gran medida oculto por el posterior golpe de Estado que lo convirtió en emperador, hasta tal punto que a menudo hemos interpretado *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de Marx como una alegoría del fascismo y no como un análisis de nuestra propia sociedad de «sufragio universal»; las consecuencias del fallido *impeachment* de Donald Trump las desconocemos aún.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo

**Fundación de los
Comunes (eds.)**

Colección: útiles 22

PVP: 14 €

¿Posfascismos, neofascismos, ultraderecha, nuevos populismos autoritarios, los términos empleados para describir

el fenómeno vienen multiplicándose desde que en Europa se consolidaran movimientos y partidos de esta tendencia, y en EEUU y Brasil se asistiera a las victorias de Trump y Bolsonaro. No resulta fácil analizar algo tan plural y que escapa a las categorías tradicionales de las ciencias sociales. Por eso, quizás, merezca aquí la pena una aproximación más ligada a la práctica política y a los contenidos de un antifascismo militante

Los efectos del ascenso de nuevas fuerzas reactivas, nacionalistas, heteropatriarcales, racistas y autoritarias van mucho más allá de su irrupción en el mundo de las instituciones políticas y de los medios de comunicación. En esta recopilación de textos, lo que interesa es la penetración de la reacción en lo social, no la taxonomía académica, ni la perspectiva del analista político. Interesa empezar allí donde termina la cobertura mediática de los fenómenos políticos emergentes, en las situaciones cotidianas en las que los señalados por el nuevo populismo de derechas (los migrantes, los pobres, las disidentes sexuales o las mujeres) ven sus condiciones de vida empeoradas por la extensión de un nuevo sentido común de época que les acusa nada menos que de «privilegiados», según el particular juego de espejos invertidos de las guerras culturales.

La apuesta, en este sentido, pasa por revertir la creciente segmentación social en favor de una nueva alianza que reúna la diversidad de la explotación y la dominación en un nuevo proyecto político emancipador.